

nen también varios hijos escritores y de calidad, con lo cual el cuadro se completa y aparece ante nuestra vista el espectáculo raro en Chile de un hogar donde padres e hijos cultivan las letras en lugar de dedicarse a otros pasatiempos fútiles.

La señora Jarpa comenzó su labor literaria con la biografía de "El Prisionero de Schoenbrunn, Napoleón II, Rey de Roma"; tema original que ella trabajó con amor y ternura muy femeninos y entregó una obra que, por ser la vida de un personaje ignorado y curioso y escrita en forma tan inteligente y plástica, aseméjase a una novela.

No ha mucho la señora Sara Jarpa Gana de Lazo ha escrito "La Monja Alférez" o doña Catalina Erauso, en cuyas páginas cuenta la vida apasionante, casi legendaria, de una mujer española que se hizo monja dominica y, en seguida, abandonó el claustro para salir a la aventura disfrazada de hombre: se embarcó rumbo a México donde, en un lance de amor, dio muerte a dos muchachos, escapó de la prisión y partió hacia el Perú, estuvo en Lima y poco después en Charcas y allí incorporóse en el Ejército y estuvo mezclada en mil aventuras. Dejó la milicia, volvió al Bajo Perú y en Callao entró como marinero en un barco de la Armada española. En el vecino país encontró a tres hermanos suyos, a quienes no se dio a conocer sino por el nombre supuesto de Alfonso Díaz Ramírez de Guzmán. El "sueño dorado de la monja" era pelear en la guerra de Arauco: en Lima "fue contratada como soldado raso". Aquí, en Chile, halló a su hermano Miguel, que era capitán y ante él debió presentarse, pero ella no se inmutó: poseía un carácter firme y era de temperamento frío. Estuvo en el Fuerte de Paicaví, mandó soldados y peleó heroicamente con su espada en alto y, dando gritos de ¡Viva España! ¡Viva el Rey!, espolcó furiosamente su brioso caballo y atropelló a quien se le interpuso. Así, con ojos relampagueantes de ira, dio alcance a los enemigos. Tras ella iba un grupo de soldados españoles. Con una certera estocada, Catalina atravesó el pecho del cacique, logrando recuperar la bandera patria. Recibió ella una herida en el hombro, pero no le dio importancia. Por esa acción se le otorgó el grado de alférez. Después actuó en otra hazaña con grande arrojo y temeridad.

Finalmente, desengañada, porque no se le reconoció su heroísmo, muy triste salió de Chile hacia Argentina y después se dirigió de nuevo al Perú, donde cayó enferma y, al confesarse, declaró al obispo que no era hombre. Regresó a España y de allí volvió a México, donde contrajo matrimonio, riñó más tarde con su marido y, en una ocasión que le vio atacado, fue en su defensa, pero al final del lance volvió su espada a la vaina y dijo a su esposo: "Señor hidalgo, tal como antes".

Murió en México, cerca de Orizaba, en esas tierras calientes, en 1650. El obispo de Puebla, Palafox, hizo grabar en su tumba este epitafio: "Aquí yace una mujer valerosa y cristiana".

La autora, con pluma ágil y desenvuelta, presenta un esbozo de la Monja Alférez, al cual sólo podría reprochársele su excesiva brevedad. El personaje merece una biografía hecha por una pluma tan brillante como la de doña Sara Jarpa Gana de Lazo.

<https://doi.org/10.29393/At392-74VCFA10074/>

Un violín en la calle, de MARÍA VIANCOS DE JARA, 1960

En Chile se han escrito muy pocas novelas históricas y tal vez hasta el año pasado la única de algún valer era "Durante la Reconquista", del inimitable

maestro Alberto Blest Gana, creador de la novelística entre nosotros; pero hace pocos meses, la señora María Viancos de Jara publicó *Un violín en la calle*, novela de ambiente histórico, con un suave dejo de elegante y sobrio romanticismo, que puede compararse con aquella de Blest Gana, no en su contenido sino en la calidad, y me atrevo a emitir este juicio, aunque peque de "crítico superficial", pero en el mismo delito incurrió Fernando Santiván, técnico en la materia.

La trama de la obra se realiza en el año 1816 y comienzos del 17, en las postrimerías de la Reconquista española y a raíz del triunfo de Chacabuco. La autora conoce muy bien ese período de nuestra vida política y en la novela le saca partido con grande éxito. Los personajes centrales: Marianita de la Cruz y Montebello, son héroes de un drama de amor muy humano, apasionante y puro; alrededor de ellos se mueven los demás actores reales del drama: Francisco Casimiro Marcó del Pont, cruel y afeminado gobernador del Reino; San Bruno, temible capitán; José San Martín, monárquico y dominante; Manuel Rodríguez, atrevido y resuelto; José Miguel Carrera, altivo y vehemente, y Bernardo O'Higgins, valeroso y patriota; todos estos próceres están claramente definidos en *Un violín en la calle* y situados en el preciso momento de su actuación histórica.

Pero los grandes héroes de la novela son Marianita y Montebello: ella aparece tan digna como todas aquellas abuelas nuestras, de origen hispánico, que cuando aman sufren todos los quebrantos para lograr su deseo; él, extranjero, verdadero artista, cautivó a la niña candorosa con "un violín en la calle", cuyas melodías se adentraron en el corazón de la joven.

Dentro de los antiguos moldes, en un lenguaje que probablemente no es perfecto, la señora María Viancos de Jara ha escrito una novela histórico-romántica, que puede ser leída con gran provecho por chicos y grandes, para extraer de ella una lección de amor auténticamente cristiana y de sincero patriotismo.

Fidel Araneda Bravo

Las noches del cazador, de FERNANDO ALEGRÍA.
Zig-Zag, 1961

Después de publicar "Caballo de copas" (1957), considerada una de las novelas más interesantes y logradas de los últimos tiempos, Fernando Alegría, catedrático, ensayista y escritor, publicó su volumen de cuentos, titulado "Cataclismo" (1960), de factura audaz y novedosa, que también recibió el caluroso aplauso de la crítica nacional.

Ahora, el celebrado autor nos ofrece su hermosa novela *Las noches del cazador* (Editorial Zig-Zag), que nos pone en evidencia la pluralidad de su talento creador, para abordar con éxito cualquier tema que le interese o impresione su sensibilidad de artista, vibrante como una antena para captar la realidad que lo circunda.

En *Las noches del cazador* volvemos a encontrar el estilo armonioso sin retoricismos, el lenguaje depurado sin desdeñar las palabras crudas o modismos chilenos, necesarios en algunos casos para robustecer la sensación de ambiente y realismo, que constituyen el estilo literario de este escritor que está